

El compromiso misionero del Presbítero

Pbro. Lic. Víctor M. Ruano Pineda*

Sumario

El autor sitúa el compromiso misionero del presbítero en el contexto de la transformación cultural que estamos viviendo, al mismo tiempo que desarrolla algunos aspectos del ministerio sacerdotal que parten de la premisa: Sin seguimiento de Cristo no hay misión. En efecto, discipulado y misión, son dos dimensiones de la misma realidad que se despliegan en dos horizontes: Iglesia y mundo. En la Iglesia, la misión del presbítero se realiza en vistas a su construcción mediante la Palabra y la Eucaristía y a la consolidación de la identidad cristiana de las comunidades; en el mundo, el compromiso misionero es servicio para la humanidad que se realiza desde los pobres y le apuesta a una sociedad diferente. El artículo concluye poniendo al presbítero al servicio de una Iglesia en misión permanente para que sea signo del Reino en el mundo.

Palabras clave: Cambio cultural, mundo, humanidad, misión, presbítero, seguimiento, Iglesia, Cristo.

* Presbítero de la Diócesis de Jalapa. Licenciado en sociología por la universidad Gregoriana de Roma. Párroco de San Cristóbal, Jutiapa-Guatemala. pvictorr@hotmail.com



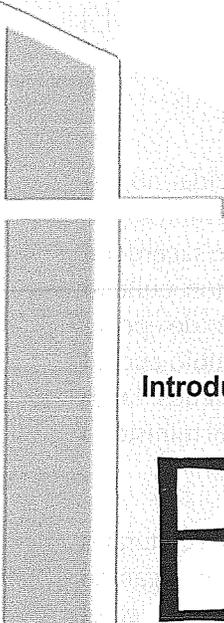
The missionary commitment of priests

Summary

The author places the missionary commitment of the presbyter in the context of the cultural transformation through what we are living, at the same time as he develops some aspects of the priestly department that depart from the premise: without follow-up of Christ there is no mission. In effect, pupils and mission, they are two dimensions of the same reality that deploy in two horizons: church and world.

In the church, the mission of the presbyter is done in view of his construction through the word and the Eucharist and the consolidation of the Christian identity of the communities. In the world, the missionary commitment is a service for the humanity which is carries out from the poor and that bets for a different society. This reading concludes by putting the presbyter to the service of a Church in permanent mission in order to be sign of the Kingdom of the world.

Keywords: Cultural change, world, humanity, mission, presbyter, follow-up, Church, Christ.



Introducción

En las circunstancias actuales del mundo y de la Iglesia, el compromiso misionero del presbítero es todo un desafío y una tarea destinados a renovar su vida y su ministerio. La magnitud de este reto se hace más apremiante en el contexto de las profundas transformaciones culturales que están aconteciendo en el mundo y son de “un alcance global” (DA 34); y sobre todo, ejercen una poderosa influencia en la Iglesia, en sus miembros, particularmente en los presbíteros.

Por eso, en el presente trabajo, partimos situando el compromiso misionero del presbítero dentro del proceso de esa mutación histórica “marcada por grandes cambios que afectan profundamente su vida y la de los pueblos latinoamericano y caribeño (DA 33); al mismo tiempo que lo ubicamos en la perspectiva de la invitación permanente de Jesús de navegar “a la otra orilla”. En segundo lugar, nuestra reflexión se centra en algunos aspectos del ministerio del presbítero en clave misionera, hacia la Iglesia y el mundo, sobre la base de que sin seguimiento no hay misión; para concluir, esboza la imagen del presbítero al servicio de una Iglesia en misión permanente.

1. En un contexto de cambios, navegar “a la otra orilla”

Nuestra reflexión sobre el compromiso misionero del presbítero parte del hecho que vivimos una mutación histórica de “alcance global” (DA 34) y de carácter “cultural” (DA 44). En ese contexto situamos la invitación de Jesús a sus discípulos para navegar “a la otra orilla”, afrontando tempestades que zarandean la frágil barca de la Iglesia y la sociedad entera, provocando nuevos desafíos y nuevas exigencias en el ejercicio de la misión del presbítero.

En una realidad de grandes cambios...

Si “la pastoral -como afirman los obispos en Aparecida- no puede prescindir del contexto histórico donde viven sus miembros”; de igual manera, el ser y el quehacer misionero del ministerio sacerdotal tampoco puede ejercerse al margen de la transformación cultural que se da actualmente en el mundo. “Vivimos un cambio de época, cuyo nivel más profundo es el cultural” (DA 44). Este cambio epocal y estos cambios socio-culturales representan nuevos desafíos, tanto para la Iglesia como para sus presbíteros en el ejercicio del ministerio (DA 367).

En el contexto latinoamericano y caribeño los cambios culturales adquieren dimensiones inéditas y complejas porque se amalgaman elementos de una sociedad tradicional, presentes, sobre todo, en el vasto mundo rural marginado y excluido, y rasgos de la cultura moderna y posmoderna, presentes especialmente en las grandes urbes con sus contrastes y lacerantes desigualdades.

En efecto, al contemplar el panorama sociocultural actual del continente se aprecia cómo los paradigmas de la sociedad pre-moderna e incluso de la cultura industrial conviven con la cultura del conocimiento y de la información, productos de la ciencia y la técnica. Estos cambios culturales, en los países desarrollados, han venido aconteciendo a lo largo de cuatro siglos, pero en las jóvenes naciones latinoamericanas irrumpen de un solo golpe, ofreciendo un situación verdaderamente compleja y desafiante para el compromiso misionero del presbítero, que le exigen lucidez, discernimiento y audacia¹.

Esta nueva realidad suscita nuevos acentos o rasgos en la configuración del perfil sacerdotal, tales como: un hombre “del mundo” compenetrado de la cultura contemporánea, serenamente crítico de la realidad en la que vive, sinceramente dialogante en un mundo más democrático y pluralista, auténticamente humano de modo que nada humano le sea ajeno, entrañablemente espiritual como hombre “impulsado por el Espíritu, impregnado del verdadero sentido de

¹ Cf. ESPEJA, Jesús. La conversión pastoral como cambio de paradigmas, métodos y lenguajes. En: Medellín. Bogotá. Vol. 34, n.134. (jun. 2008); p. 281.

Dios. Además, todo un “hombre de la misericordia y la compasión, cercano a su pueblo y servidor de todos, particularmente de los que sufren grandes necesidades” (DA 198).

América Latina y El Caribe, desde los años 90 hasta esta primera década del nuevo milenio, han visto cómo **“muchas cosas han cambiado en la sociedad”**, según lo afirmó Benedicto XVI en el Discurso Inaugural de Aparecida. Estos cambios, como ya hemos apuntado “son profundos” porque dan origen “a nuevas culturas”, las cuales van “imponiendo un nuevo lenguaje y una nueva simbología” (DA 510), que exigen del presbítero apertura a nuevos valores y nuevas sensibilidades sobre todo en su relación con los jóvenes, los pobres, la mujer y la ecología.

Además, la naturaleza cultural de dichos cambios, da origen al surgimiento de “nuevos sujetos, con nuevos estilos de vida, maneras de pensar, de sentir, de percibir y con nuevas formas de relacionarse; son productores y actores de la nueva cultura” (DA 51). Es aquí donde está el más grande desafío que debe asumir el presbítero hoy; es decir, estar a la altura, con la fuerza del evangelio, con la claridad de la identidad teológica de su ministerio para saber insertarse en la cultura actual. (Cfr. DA 192) y de ese modo responder adecuadamente al profundo cambio cultural que progresivamente se extienden al universo entero².

Esta realidad, a todas luces nueva, demanda la presencia de un presbítero con la capacidad y la sensibilidad para saber interactuar con esos “nuevos sujetos” y leer, discernir e interpretar esos nuevos “estilos de vida”, de modo que se pueda sembrar la semilla del evangelio en los procesos mismos de esta transformación cultural.

En la sociedad actual “coexisten binomios que la desafían cotidianamente: tradición-modernidad, globalidad-particularidad, inclusión-exclusión, personalización-despersonalización, lenguaje secular-lenguaje religioso, homogeneidad-pluralidad, cultura urbana-pluriculturalismo” (DA 512). Estos desafíos aumentan la complejidad del momento actual para el cual el presbítero no está debidamente

² Gaudium et spes, 4.

preparado. Es necesario ponerse en actitud de aprendizaje y de apertura a esas nuevas realidades que requieren un talante, una capacidad de mente serena y abierta, siempre disponible al dialogo y respetuoso de lo diverso. Actitudes autoritarias, generarían una lamentable fractura entre el pastor y su pueblo, entre el presbítero y su entorno cultural, entre la Iglesia y la cultura.

Asistimos pues a “complejas transformaciones socioeconómicas, culturales, políticas y religiosas que hacen impacto en todas las dimensiones de la vida” (DA 511), que requieren un presbítero con capacidad para diseñar e impulsar procesos pastorales misioneros que partan del análisis objetivo, analítico y pastoral de esas “complejas transformaciones” que están aconteciendo.

De igual manera hay que estar atentos al fenómeno que algunos han llamado “modernidad periférica”; es decir, la irrupción de valores que vienen de la modernidad, tales como el reclamo de libertad y autonomía, el subjetivismo y el individualismo; mientras permanece la situación de injusticia institucionalizada, de lacerantes desigualdades socioeconómicas, de grandes mayorías confinadas a la exclusión y de situaciones de miseria que llevan a la muerte prematura de niños, principalmente³.

En el contexto de esa dinámica tan compleja, hoy más que nunca se requiere de presbíteros con la capacidad de discernir la cultura actual con sus luces y sombras; capaces de “considerarla con empatía” para comprenderla, jamás para condenarla *a priori*; pero también con una actitud “crítica para distinguir lo que en ella es fruto de la limitación humana y lo que es expresión del pecado”. La Iglesia junto con sus presbíteros se inserta en la cultura actual donde se dan “muchos y sucesivos cambios, provocados por nuevos conocimientos y descubrimientos de la ciencia y de la técnica”, que llegan a constituir una permanente interpelación a la opción de vida evangélica y sus valores (Cf. DA 479).

Ciertamente “la revolución tecnológica y los procesos de globalización van configurando el mundo actual como una gran cultura

³ ESPEJA, Jesús, Op. Cit., p. 281.

mediática". Este fenómeno exige "una gran capacidad para reconocer los nuevos lenguajes", las nuevas sensibilidades, los nuevos valores que pueden ayudar a una mayor humanización de la sociedad global. El presbítero con una viva conciencia misionera no puede ser indiferente ni muchos menos desconocer esa realidad (Cf. DA 484).

...ser capaz de navegar a la "otra orilla"...

En una época de grandes cambios no hay que temer emprender la marcha hacia "la otra orilla". En efecto, el compromiso misionero del presbítero se puede expresar con la imagen de una barca en posición de zarpar hacia la "otra orilla", con la audacia de navegar en aguas profundas para insertarse a fondo en la cultura actual, y "sembrar en ella la semilla del Evangelio" (DA 194). Navegar con la determinación de llegar a la "otra orilla" (Mc 4,35) de cada ser humano y de su entorno cultural. Ese fue precisamente el llamado que hicieron los obispos en Aparecida al exhortarnos a llevar: "nuestras naves mar adentro, con el soplo potente del Espíritu Santo, sin miedo a las tormentas, seguros de que la Providencia de Dios nos deparará grandes sorpresas" (DA 551).

Es Jesús quien llama a emprender esa travesía, que no es nada fácil, como no lo fue para los discípulos. El llamado de Jesús es para enfrentar los desafíos de la experiencia misionera en el nuevo contexto cultural de hoy, que pone a prueba la madurez de la fe y la solidez del encuentro personal con Él; es para asumir los riesgos del mar, que en la mentalidad judía simbolizaba el mal, igualmente presente hoy; para enfrentar los peligros del viento fuerte, que era entendido como obra de los espíritus malignos impidiendo que el Reino de Dios llegara a los paganos.

El compromiso misionero del presbítero implica la capacidad de salir desde la comodidad de la propia "orilla" conocida hacia "la otra orilla" desconocida para compartir el don del encuentro con Cristo que da un verdadero sentido a la vida. Esa experiencia pone a prueba el dinamismo de la esperanza que lo sostiene y la profundidad de la experiencia de Dios que va aquilatando en el ejercicio de su ministerio.

Sin embargo, ante los desafíos de la sociedad contemporánea, es posible que se resquebraje su fe y se debilite su esperanza, como sucedió con los discípulos en medio de la tempestad, pero es preferible experimentar esa fragilidad y limitación, a seguir adelante con una fe ingenua y desencarnada, que no tiene la fuerza ni la audacia para enfrentar la adversidad y los nuevos retos de hoy. Por eso, navegar con Jesús, hacia “la otra orilla” se convierte en la oportunidad para “recomenzar desde Cristo” (DA 12), imprimiéndole a la existencia la audacia y el sentido de orientación que vienen de la fe y de la esperanza puesta en él, quien garantiza su presencia “siempre, hasta el fin del mundo” (Mt 28,29). Sólo así no se pierde el punto de llegada en medio de las tempestades que se abaten sobre la Iglesia y el mundo.

...Afrontando tempestades

En una realidad de grandes cambios, urge navegar “a la otra orilla”, incluso si hay que encontrar tempestades. Ahora bien, ¿Qué tempestades enfrenta nuestro mundo? Nuestra sociedad contemporánea se ve sacudida actualmente por las consecuencias de la crisis financiera, alimentaria, ecológica y energética, entre otras, consecuencia del sistema neoliberal-capitalista salvaje y deshumanizante que va dejando millones de personas tiradas por el camino en calidad de “desechables”. Todo esto es el reflejo de una crisis más aguda y profunda de carácter ético y religioso que va erosionando “la concepción integral del ser humano, su relación con el mundo y con Dios”, llegando hasta el extremo de excluir a Dios del horizonte de la vida personal, familiar y social (DA 44).

Por su parte, también nuestra Iglesia se ve azotada por tempestades no menos peligrosas: pérdida de identidad en un mundo cada vez más plural, fragilidad de su dimensión profética en un mundo injusto y desigual, desencanto pastoral y cansancio existencial de muchos de sus miembros que no logran impulsar con creatividad y entusiasmo la misión evangelizadora, repliegue de sus fuerzas vivas ante los desafíos del mundo, “intentos de volver a una cierto tipo de eclesiología y espiritualidad contrarios a la renovación del Concilio Vaticano II” (DA 100 a).

Aparecida, recogiendo unas palabras del actual Pontífice, cuando era Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe,

dice que “nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad” (DA 12).

El presbítero, en medio de esas tempestades corre el peligro de perder el sentido de orientación y el punto de llegada. El punto de llegada es “la otra orilla”, donde se encuentran los hombres y mujeres que han perdido el sentido de la vida, o están atrapados por la fuerza seductora de los ídolos del poder, la riqueza y el placer, o se alejaron de Cristo y de la Iglesia. También lo es donde están los pobres y excluidos; las víctimas de la violencia, del secuestro, de la corrupción, del narcotráfico y del crimen organizado.

El compromiso misionero del presbítero, como esa experiencia de ir a la “otra orilla”, comporta la tarea de levantar la vista hacia horizontes nuevos y hacia retos inéditos “en esta hora histórica de desafíos” (DA 98) en que Dios camina con su pueblo porque quiere que todos los hombres y mujeres, todos los pueblos y culturas, experimenten la salvación y la liberación para llegar a la experiencia iluminadora de la Verdad, aquella *Verdad* que tiene un rostro, que es Jesucristo, *Camino, Verdad y Vida*. Camino que hay que andar en el amor, en el servicio y en la entrega de la vida para que los demás tengan vida; *Verdad* que libera de toda deshumanización y esclavitud; y *Vida* en abundancia para todos. De tal manera que el compromiso del presbítero no es otro que el “de anunciar el Evangelio, que es fermento de libertad y de progreso, de unidad y de paz”⁴.

Es participar de la misión de Jesucristo. “Creemos que únicamente Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, puede iluminar y transformar esta realidad de muerte, haciendo posible que los hombres y mujeres de hoy se conviertan, por medio del esfuerzo misionero de la Iglesia, y puedan así *someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de la vida* (DA 366) para crear una sociedad justa, solidaria, humana y fraterna”⁵.

⁴ Benedicto XVI, Mensaje de la Jornada Mundial de las Misiones 2009. Op. cit.

⁵ CABRERA OVALLE, Julio, *Santas misiones populares para una misión permanente. Un nuevo Pentecostés en la Diócesis de Jalapa*. Convocatoria de Mons. Julio Cabrera Ovalle a la Misión Continental. Adviento de 2009, n 2.

2. Del seguimiento de Cristo a la misión en la iglesia y el mundo

Después de haber esbozado el contexto y la perspectiva en la que ubicamos el compromiso misionero del presbítero, centramos ahora nuestra reflexión en algunos aspectos sobre el ministerio del presbítero que van desde el seguimiento de Cristo, a la misión en la Iglesia y el mundo.

Estos aspectos parten de la premisa que sin seguimiento y configuración con Cristo no hay misión. Discipulado y misión son una misma realidad en la vida y ministerio sacerdotal. A partir de este dato la misión del presbítero se despliega en dos horizontes: Iglesia y mundo. En cuanto al primero, su misión se orienta a la edificación de la Iglesia y a la consolidación de la identidad cristiana de las comunidades; en cuanto al segundo, la misión del presbítero es para la humanidad, se inserta en el mundo de los pobres y le apuesta a una sociedad diferente.

Seguimiento, configuración y misión

Sin seguimiento y configuración con el Maestro no hay envío para “anunciar el Evangelio del Reino de la vida” bajo la animación del Espíritu Santo. Ese es el núcleo inspirador que ofrece Aparecida al desarrollar “la vocación de los discípulos misioneros a la santidad”, en el capítulo cuarto del Documento Conclusivo (DA 129-153).

O Dicho con palabras del Papa Benedicto XVI pronunciadas en Aparecida: “Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva” (DA 146).

Se plantea aquí una unión intrínseca entre vida evangélica y acción misionera y evangelizadora, donde los sacerdotes “son compañeros, pero siendo seguidores; predicán, pero siendo enseñados; proclaman, pero siendo testigos; guían, pero siendo hermanos y amigos del único Pastor”⁶.

⁶ LEGIDO, M.: El Ejercicio del ministerio presbiteral y la espiritualidad. En: Espiritualidad del presbítero diocesano secular (Simposio) Madrid: Edice, 1987.

El presbítero discípulo misionero es el seguidor de Jesús por una invitación salida del mismo Jesús, pues el Señor llama a encontrarse con Él y a vincularse estrechamente a Él, porque es la fuente de la vida (Cf. Jn 15, 5-15) y sólo Él tiene palabras de vida eterna (Jn 6, 68). (Cf. DA 131). De este modo se establece una relación única, más fundamental que las relaciones familiares o entre amigos.

Se da una vinculación a Él con un amor de identificación que impulsa a reproducirlo en la propia existencia. Y al mismo tiempo, con un amor de adhesión por el que invierte en la persona de Jesús su máximo capital de intimidad, de confianza y de fidelidad. Al adherirse a Jesús, el presbítero hace suyos también los valores, la tarea y el destino del Señor (Cfr. Mc 3, 14).

De este modo, el propósito de Jesús al llamar al presbítero a su seguimiento es ante todo para “estar con Él y enviarlo a predicar” (Mc 3, 14), para seguirlo con la finalidad de “ser de Él” y formar parte “de los suyos” y participar de su misión. Se llega a experimentar “que la vinculación íntima con Jesús en el grupo de los suyos es participación de la Vida salida de las entrañas del Padre, es formarse para asumir su mismo estilo de vida y sus mismas motivaciones (cf. Lc 6, 40b), correr su misma suerte y hacerse cargo de su misión de hacer nuevas todas las cosas” (DA 131).

El seguimiento convierte al presbítero en un amigo y un hermano de Jesús. Así como dijeron los obispos en Aparecida: “El “amigo” ingresa a su Vida, haciéndola propia. El amigo escucha a Jesús, conoce al Padre y hace fluir su Vida (Jesucristo) en la propia existencia (cf. Jn 15, 14), marcando la relación con todos (cf. Jn 15, 12). El “hermano” de Jesús (cf. Jn 20, 17) participa de la vida del Resucitado, Hijo del Padre celestial, por lo que Jesús y su discípulo comparten la misma vida que viene del Padre, aunque Jesús por naturaleza (cf. Jn 5, 26; 10, 30) y el discípulo por participación (cf. Jn 10, 10) (DA 132).

Ahora bien, ese seguimiento lleva al presbítero a la configuración o identificación con el Maestro en tres direcciones complementarias que señalan el dinamismo de la pertenencia a Cristo y la belleza de su rostro: Jesús Maestro, Camino, Verdad y Vida. En efecto, “nos identifica con Jesús-Camino, abriéndonos a su misterio de salvación



para que seamos hijos suyos y hermanos unos de otros; nos identifica con Jesús-Verdad, enseñándonos a renunciar a nuestras mentiras y propias ambiciones, y nos identifica con Jesús-Vida, permitiéndonos abrazar su plan de amor y entregarnos para que otros “tengan vida en Él” (DA 137).

El proceso de identificación con Cristo pasa por “la centralidad del Mandamiento del amor”, que en la vida y ministerio del presbítero es fundamental porque es la fuente inspiradora de la Caridad Pastoral (Cf. DA 138); se proyecta en la vivencia de las “bienaventuranzas del Reino”, porque es el contenido de su programa pastoral y marca su estilo de vida (DA 138); y se consuma en “compartir su destino” y en correr “la misma suerte del Señor”, de modo que en el horizonte de todo presbítero-discípulo estará la cruz, como signo de vida y de un amor crucificado porque nadie ama tanto a sus hermanos como quien da la vida por ellos (Cf. DA 139).

Desde la dinámica del seguimiento del Señor y el proceso de configuración con Él brota la misión del presbítero como pregonero del Evangelio de la Vida. Todo presbítero-discípulo es misionero, “pues Jesús lo hace partícipe de su misión, al mismo tiempo que lo vincula a Él como amigo y hermano. De esta manera, como Él es testigo del misterio del Padre, así los discípulos son testigos de la muerte y resurrección del Señor hasta que Él vuelva. Cumplir este encargo no es una tarea opcional, sino parte integrante de la identidad cristiana, porque es la extensión testimonial de la vocación misma” (DA 144).

Al incrementarse el proceso de identificación con El Señor “crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro”, abriendo amplias perspectivas de realización para su vida y su ministerio puesto que “la misión no se limita a un programa o proyecto, sino que es compartir la experiencia del acontecimiento del encuentro con Cristo, testimoniarlo y anunciarlo de persona a persona, de comunidad a comunidad, y de la Iglesia a todos los confines del mundo (cf. Hch 1, 8) (DA 145).

Seguimiento, configuración y misión, son tres realidades en la vida del presbítero animadas por el Espíritu Santo que lo guía y fortalece en el anuncio de la Palabra, en la celebración de la fe mediante

los sacramentos, en el pastoreo de la comunidad, en el servicio de la caridad y en una presencia significativa para el mundo.

La misión del presbítero edifica la Iglesia

La misión del presbítero es un servicio de Iglesia y para la Iglesia en cuanto que ella se nutre de la Palabra y la Eucaristía; éste es el servicio primordial que el sacerdote ofrece a la Iglesia; al mismo tiempo que Palabra-Eucaristía es la fuente para que la Iglesia se construya según el designio de Dios y llegue a ser presencia creíble en el mundo.

La entrega misionera del sacerdote, no sólo hace crecer y madurar a la Iglesia mediante la fuerza transformadora de la Palabra y la vida nueva de la Eucaristía, sino que se proyecta a la humanidad para que ésta se desarrolle según el designio amoroso de Dios.

En este sentido es claro el horizonte trazado por Aparecida al anunciar que buscamos “ser una Iglesia viva, fiel y creíble que se alimenta en la Palabra de Dios y en la Eucaristía” (Cfr. Mensaje Final).

Por tal motivo, “el alma misionera” del presbítero nace del encuentro con Jesús en la Sagrada Escritura (DA 247), se nutre con el “Pan de la Palabra” (DA. 248), se forja en la “roca de la Palabra de Dios” (DA 247) y se va configurando día a día al estilo de Jesús mediante la Lectio divina (DA 249).

La Eucaristía, por su parte, es escuela de formación misionera para el presbítero, porque es “lugar privilegiado del encuentro” con Cristo, es “fuente inextinguible del impulso misionero” y en ella se fortalece su identidad de presbítero-misionero para “anunciar con audacia a los demás lo que ha escuchado y vivido” (DA 252).

Así la Iglesia, mediante el ministerio sacerdotal, se retroalimenta continuamente por la Palabra y su anuncio al mundo se hace profético e iluminador; al mismo tiempo que en la Eucaristía cree, celebra y vive el misterio de Cristo, “de tal modo que la existencia cristiana adquiera verdaderamente una forma eucarística” (DA 251).

En este servicio eclesial de la Palabra y la Eucaristía, el presbítero es signo visible de Jesucristo, porque anuncia la Palabra que suscita la fe y conduce al encuentro con Él; al mismo tiempo Cristo actúa en la celebración de los sacramentos. El presbítero ofrece su persona para que Él se haga activamente presente, así como decía San Agustín, en los sacramentos es Cristo quien bautiza, quien reconcilia, quien preside la mesa eucarística.

Ahora bien, el hacer presente a Cristo no es prerrogativa exclusiva del presbítero. La Iglesia entera es el gran signo del Señor. Ella, en su rica diversidad, está llamada a reflejar la variedad de rasgos del rostro de Cristo. Cada discípulo misionero reproduce a Cristo subrayando alguno de sus rasgos: la oración, la inserción en el mundo de los pobres y marginados, la paciencia y el sufrimiento, la formación de discípulos, la relación con las multitudes.

Aparecida lo ha expresado al afirmar que unos contemplan a "Jesús Sumo Sacerdote", hablando de los obispos (DA 186-190); otros lo encarnan como el "Buen Pastor", refiriéndose a los presbíteros (DA 191-200); otros lo muestran como el "Servidor", aludiendo a los diáconos permanentes y transitorios (DA 205-208); otros lo identifican como la "luz del Mundo", hablando de los laicos y laicas (DA 209-215); y otros quedan fascinados porque es el "Testigo del Padre" al abordar la vida de las consagradas y consagrados (DA 216-224).

Ciertamente que los sacerdotes reproducen los rasgos del "Buen Pastor", pero necesitan experimentar el pastoreo de Cristo en sus propias vidas, necesitan ser pastoreados o acompañados por el Señor. Son discípulos antes que educadores de la fe, necesitan de misericordia antes que dar el perdón de Dios, miembros de la grey antes que pastores. Llevan el tesoro del ministerio en vasos de arcilla (2 Cor 4, 7).

La misión del presbítero fortalece la identidad cristiana de las comunidades

En una sociedad que cada día ofrece variedad de ofertas religiosas, desde las más excéntricas y aliadas del status quo hasta las más manipuladoras de las conciencias de las personas y propulsoras de

una mentalidad egoísta, individualista y afanada por la prosperidad económica, la misión del presbítero como garante de la identidad cristiana y evangélica de las comunidades eclesiales, es fundamental.

En un mundo que promueve y celebra el pluralismo en todos sus ámbitos, la identidad cristiana corre peligro. Frente al enorme desafío de las sectas y de una sociedad que se orienta al hedonismo, al secularismo y al materialismo, la tarea del presbítero no sólo será potenciar el dinamismo misionero sino garantizar, mediante el discernimiento continuo, que la Iglesia que va gestándose es idéntica a la Iglesia que quiso Jesús y plantaron los Apóstoles.

Dentro de esas nuevas realidades planteadas hoy, el presbítero orienta sus esfuerzos a comunicar la vida nueva en Cristo a las comunidades, fortaleciéndolas y velando por que ellas, en continuo y servicial intercambio con el mundo, mantengan un estilo cristiano auténtico, sin sucumbir a las influencias exteriores y tentaciones interiores que puedan desvirtuar su fidelidad fundamental.

Aparecida es la propuesta de la Iglesia en América Latina para consolidar la identidad cristiana del pueblo de Dios en todos sus ministerios y carismas, vocaciones y servicios a partir del “acontecimiento de Cristo”, puesto que es el que en definitiva da origen “a ese sujeto nuevo que surge en la historia y al que llamamos discípulo: No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DA 243).

Por eso los esfuerzos de toda la Iglesia, y por ende de todo presbítero, se orientan “a convertir a cada creyente en un discípulo misionero”, esto implica asumir que ha llegado la hora de “desarrollar la dimensión misionera de la vida en Cristo” (DA 362). Por lo tanto, el sacerdote como hombre de Iglesia debe mostrar la capacidad “para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Cristo” (DA 14).

En esa perspectiva trazada por Aparecida es donde salta a la vista la perenne actualidad del ministerio presbiteral, porque el riesgo de



perder identidad en las circunstancias actuales es evidente, ya sea en una desbandada o dispersión, “como ovejas sin pastor” (Mc. 6, 34) o en un encerramiento viviendo a “puertas bien cerradas por miedo” (Jn. 20, 19).

Vivimos en una sociedad que al considerarse ya madura y adulta se resiste a ser seducida por el Evangelio y por el estilo de vida de Jesús. Una corriente proveniente de la sociedad va tallando por dentro a los creyentes y modelando a la misma Iglesia. Es necesario saber discernir lo que es propio e impropio de la comunidad de Jesús. El carisma del discernimiento, intensivamente presente en los sacerdotes, es hoy un don imprescindible.

La misión del presbítero es misión para la humanidad

Los aspectos presentados hasta el momento, en este trabajo, atestiguan que el presbítero es un hombre al servicio de las comunidades cristianas, asegurándoles su identidad y fortaleciéndolas con la Palabra y la Eucaristía.

Pero la Iglesia está para el mundo, al servicio de la humanidad; no es una comunidad cerrada y centrada en sí misma. “La misión de la Iglesia es Misión para la humanidad”⁷. La orientación al mundo le es esencial; ella es “la sirvienta de la humanidad”, en la ya conocida expresión de Pablo VI, al clausurar el Concilio Vaticano II, el 7 de diciembre de 1965. Ella ha sido convocada para ser enviada a la familia de toda la humanidad y “sentir con los hombres y mujeres con sus creencias, ideas y proyectos. Empatía de humanidad y solidarios en el mismo camino e historia”⁸. La Iglesia ha sido enviada para realizar la misión de Jesús; evangelizar es su tarea más importante y primordial. Este es el gran servicio que la Iglesia debe a la humanidad. El presbítero se inserta en ese dinamismo. Con su ministerio se debe a la humanidad, vive al servicio de ella como testigo del Dios Amor comunicando la buena nueva del Evangelio y convirtiéndolo en el

⁷ RAMÍREZ Santiago, ofmcap: Dios en la humanidad. Misión de Dios: Una familia de Dios toda la humanidad. Ponencia en el tercer simposio internacional de misionología. (Quito, 8-12 diciembre, 2008).

⁸ Ibid.

“presbítero-misionero” que movido por la caridad pastoral busca a los más alejados (Cf. DA 199).

El impulso misionero y evangelizador de toda la Iglesia es el que pretende reavivar Aparecida, con la participación de todos sus discípulos misioneros, saliendo al “encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo” (DA 548). Este esfuerzo misionero dará como resultado el nacimiento de comunidades que anuncien y testifiquen a Jesucristo en medio de la actual sociedad secularizada y sean capaces de propiciar su transformación. En esta perspectiva se sitúa también el ejercicio del ministerio presbiteral.

Acompañar a personas y grupos que viven en el mundo empeñados en la humanización de la sociedad y que buscan también humanizar la política, la actividad económica y laboral, así como la educación, la salud, los medios de comunicación social, la empresa, el desarrollo rural, pertenecen a la vocación presbiteral.

Es parte de su carisma activar el dinamismo misionero de sus comunidades y reforzar en ellas el vigor evangelizador. Su condición de “centinela” atento y despierto de la comunidad le exige ser sensible para detectar a tiempo y atajar con energía la tentación comunitaria de replegarse en sí misma y de olvidarse del entorno social en el que está inscrita. Este riesgo está latente siempre en los tiempos actuales que hacen más difícil la misión. En tales circunstancias, corresponde al presbítero recordar con gestos y palabras a la comunidad que ella está enviada “al mundo”, a sumergirse en él para entablar un intercambio evangelizador.

El presbítero no sólo es un “eclesiástico” al servicio de la “institución” que vela por la conservación de la estructura eclesiástica sino “un hombre de Dios” que ha “hecho la experiencia del Dios vivo” (DP 693), “el hombre de Iglesia” al servicio de la comunidad y la comunidad al servicio de la vida del mundo, asumiendo el ejemplo de Cristo que vino a dar vida en abundancia al mundo (Cf. Jun 10, 10). De este modo ayuda a la comunidad cristiana a valorar su vocación secular y a comprometerse en los procesos de humanización

del mundo y de liberación de las estructuras injustas y opresoras; refresca y activa la secularidad de la Iglesia.

Obviamente esta tarea requiere del sacerdote una sensibilidad particular de cara a los “signos de los tiempos” en virtud de la cual se siente arraigado en el mundo y lo ama como lo ama el Señor. El carisma de todo presbítero lleva en sí mismo la capacidad y la exigencia de una sensibilidad tal que lo hace “portador de una Palabra poderosa para transformar la vida personal y social de los hombres de acuerdo con el designio del Padre” (DP 693).

Inserto en el mundo de los pobres, lugar de la misión del presbítero

Tanto en la comunidad eclesial como fuera de ella, en América Latina y El Caribe, el presbítero se encuentra diariamente con lacerantes realidades de miseria y pobreza, encarnadas en el rostro sufriente de los pobres y excluidos, urgiéndolo vivamente a asumir la opción preferencial por los pobres como uno de los rasgos que marquen su fisonomía, así como determina la fisonomía de nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña (Cf. DA 39).

El amor preferencial del presbítero por los pobres se fundamenta en el Amor-Fe por Dios que en Cristo “se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos por su pobreza” (DA 392). Esta opción fundamental se traduce en misericordia entrañable para con los pobres “haciéndose cercano al sufrimiento humano, a la pobreza y miseria de los menos favorecidos, a la exclusión y marginación de quienes ven violentados sus derechos humanos, a tantas penas y aflicciones”⁹.

Esta sintonía con los pobres pide del presbítero “madurez humana, espíritu de sacrificio, conocimiento y amor por el Pueblo de Dios; un Dios que se ha “conmovido” de las miserias de la humanidad y nos ha entregado a su Hijo para la redención y restauración verdaderas. Pero se trata de un camino de santificación sacerdotal a

⁹ Conferencia Episcopal de Guatemala. Carta de los Obispos de Guatemala a sus sacerdotes con ocasión del año jubilar sacerdotal 2009-2010. “Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote”. Guatemala: San Pablo, 2009. p. 13.

partir del propio crecimiento en la madurez humana. No podemos quedarnos solamente en la sensibilidad respecto a los problemas de la comunidad; es preciso tender a la "estatura espiritual" del Hombre Nuevo, Cristo, creado en justicia en santidad verdaderas (Cf. Ef 4,24)¹⁰.

Dentro del ámbito de la misión del presbítero entra la capacidad de denuncia e indignación profética para que los responsables de la aflicción y envilecimiento de los pobres vivan su proceso de conversión personal y estructural. Recordemos "que la Iglesia está convocada a ser "abogada de la justicia y defensora de los pobres", ante "intolerables desigualdades sociales y económicas", que "claman al cielo... si no hay esperanza para los pobres, no lo habrá para nadie, ni siquiera para los llamados ricos" (DA 395).

Todas las pobrezas y miserias de la gente deben resonar en el corazón del presbítero. Todas las situaciones insolidarias generadoras de exclusión social y extrema pobreza, de marginación o de injusticia, repercuten en su alma de profeta. El presbítero como anunciador del Reino de Dios y testigo del Dios de la vida no es indiferente a la pobreza inhumana, a la hiriente injusticia, a la violencia social e intrafamiliar, a la migración y sus consecuencias familiares, al narcotráfico y narco-negocio; tampoco lo es a la prostitución, especialmente de menores; a la explotación minera a cielo abierto, a los numerosos abortos, al robo y la venta de niños, a la corrupción, a la impunidad; ni mucho menos al modelo de vida pragmático, hedonista e insolidario que se va imponiendo en la sociedad actual.

Causan dolor a su corazón de pastor las "personas excluidas de los servicios de salud y manipuladas por las promesas políticas no cumplidas; a las víctimas de la inseguridad, discriminación, violencia, secuestros y extorsiones"¹¹; más dolor experimenta al constatar la mediocridad y pasividad de los creyentes y de los mismos hermanos presbíteros, el abandono religioso, el constante paso a otros grupos religiosos y sectas.

¹⁰ Ibid., p. 13-14.

¹¹ CABRERA OVALLE, Julio, *Santas misiones populares para una misión permanente*. Op. Cit. n 1.

La opción por los pobres conduce al presbítero a tener presente en todos los procesos pastorales que impulsa la óptica de los pobres y excluidos y a saber compartir con ellos su condición, insertándose humildemente en su propia realidad. La pobreza económica le hará adoptar un nivel de vida sobrio y sencillo, y la pobreza sociológica le hará asumir evangélicamente la pérdida de relieve en la sociedad y renunciar a privilegios o actitudes arribistas.

Si duda un estilo de vida así, está destinado "a ser signo de contradicción, compartiendo el destino del mismo Señor: El siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también los perseguirán a ustedes; si han guardado mi Palabra, también guardarán la de ustedes"¹².

El presbítero también le apuesta a un mundo distinto, ese es el gran desafío de su misión

El compromiso misionero del presbítero tiene que ver con su empeño en la construcción de una sociedad diferente. Ese sueño alimenta su esperanza y compromete la vida toda. Él también se plantea la posibilidad cierta que "otro mundo es posible", sobre todo con la fuerza y convicción de su estilo de vida que nace de la naturaleza de su vocación entendida como "don y misterio", según la ya consagrada expresión de Juan Pablo II, que da título a su libro con ocasión de sus Bodas de Oro Sacerdotales: "En su dimensión más profunda, toda vocación sacerdotal es un gran misterio, es un don que supera infinitamente al hombre. Cada uno de nosotros sacerdotes lo experimenta claramente durante toda la vida".

Desde la realidad de su vocación entendida de ese modo, podemos afirmar que el presbítero es testigo de un mundo alternativo, porque sus principales motivaciones no son de tipo económico, por eso es libre para relativizar la idolatría de la riqueza y del materialismo, así ira gestando el mundo nuevo donde no hay consumismo, acumulación y desigualdad. En esta perspectiva la pobreza evangélica se vuelve un pilar fundamental de su existencia.

¹² CEG. Carta de los Obispos de Guatemala a sus Sacerdotes... Op Cit., p. 9.

Al establecer una alianza esponsal con la Iglesia y la comunidad eclesial en la que vive su ministerio a tiempo completo, impulsado por un amor oblativo e incluyente, supera los vínculos exclusivos que genera el amor conyugal. Es libre para amar. Con este estilo de vida interpela a toda una sociedad que ha hecho del hedonismo un absoluto y una exaltación desmedida de la sexualidad con fines económicos.

Dentro de una sociedad que ha idolatrado el poder, la fama y la ostentación, el presbítero asume un estilo de vida en el que prevalece el espíritu de servicio escondido y poco reconocido, demostrando con ello que la realización auténtica del ser humano no está en tener poder sino en amar y servir con alegría. Lo ha reiterado Benedicto XVI en la catequesis del miércoles 3 de febrero del presente año, presentando a Santo Domingo de Guzmán: “¿No es quizás una tentación la de la carrera, del poder, una tentación de la que ni siquiera están inmunes aquellos que tienen un papel de animación y de gobierno en la Iglesia? Lo recordaba hace algunos meses, durante la consagración de algunos obispos: “No buscamos poder, prestigio, estima para nosotros mismos. Sabemos cómo las cosas en la sociedad civil, y no pocas veces en la Iglesia, sufren por el hecho de que muchos de aquellos a los que se les ha conferido una responsabilidad trabajan para sí mismos y no para la comunidad” (*Homilía. Capilla Papal para la Ordenación episcopal de cinco Prelados*, 12 de septiembre de 2009)¹³.

El presbítero no se deja condicionar por nadie en el ejercicio de su ministerio, ni de aquellos que detentan el poder económico o político, sobre todo, cuando se trata de defender a los pobres, de promover su liberación, de denunciar las injusticias, de impulsar su desarrollo integral y su participación en la sociedad. Su ministerio profético le lleva a la crítica social y política desde la luz del Evangelio. De este modo, expresa que nadie debe inhibirse frente a los problemas sociales por miedo o cobardía.

En una sociedad que se deja llevar por la eficiencia, la productividad, el lucro y excluye a los ancianos y enfermos, el presbítero

¹³ BENEDICTO XVI, Santo Domingo de Guzmán, gran predicador. Audiencia General. Miércoles 3 de febrero del 2010 (Zenit.org).

testimonia la “opción por la vida” de la Iglesia al acogerlos y hacerlos sus predilectos; además, los inserta en la vida de la comunidad cristiana, puesto que ellos son “verdaderas catedrales del encuentro con el Señor Jesús” (DA 417). Su dedicación y entrega a ellos de modo gratuito y amoroso cuestiona los “grandes intereses” que se mueven en el mundo de la salud (DA 419).

En una sociedad que exalta el individualismo y promueve el aislamiento, el presbítero se presenta como agente de comunión no sólo a nivel eclesial, sino en toda la sociedad y con todos. Por eso manifiesta su cercanía y afecto a la gente, la escucha con paciencia, se entrega y les ayuda con generosidad. Además, es capaz de impregnar los ambientes con actitudes de diálogo cordial, vida compartida y amistad social. Con este estilo de vida se abre paso la gratuidad y la ternura como paradigma de la relación humana. “Lo necesitan nuestros pueblos para no caer en nuevas laceraciones fratricidas, y encontrar convergencias que nos permitan emprender juntos caminos de progreso y esperanza”¹⁴.

En una sociedad dominada por “la dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo” -según la conocida afirmación del actual Pontífice, en una Eucaristía previa al conclave en el que resultó electo- la misión del presbítero será mostrar el “esplendor de la verdad” e iluminar la conciencia ética de las personas con el fin de promover la dignidad moral del ser humano y el valor de su conciencia; sobre todo, haciendo presente el Reino de la vida ante las estructuras de muerte que deterioran “el tejido social, impiden el desarrollo y enferman la vida y la convivencia humana”¹⁵.

3. Presbíteros para una iglesia en misión permanente

Los aspectos de la misión del presbítero que acabamos de presentar pretenden apuntalar el anhelo de contar con presbíteros al servicio de una Iglesia en misión permanente, para que la Iglesia sea signo del Reino en el mundo. Este es, precisamente, el compromiso que todo sacerdote está llamado a asumir con activa esperanza y

¹⁴ CELAM, Síntesis de los aportes recibidos para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Bogotá: Celam, 2007, p. 65.

¹⁵ Ibid., p. 67.

firme decisión, siguiendo el evangelio y el mandato misionero de Jesús (cf. Mc. 16, 15); siguiendo también la tradición de la Iglesia latinoamericana que en estos últimos 50 años, desde Medellín hasta Aparecida, tiene su fuente inspiradora en el Vaticano II.

El presbítero se pone al servicio del objetivo de la misión de la Iglesia que “es iluminar con la luz del Evangelio a todos los pueblos en su caminar histórico hacia Dios, para que en Él tengan su realización plena y su cumplimiento”¹⁶. Esta tarea hoy implica la capacidad de llevar la luz de Jesús a todos, especialmente a los más alejados e indiferentes del mundo actual; es acrecentar esa luz que ya arde en muchos corazones, de modo que todos en la Iglesia del continente, puedan “sentir el ansia y la pasión por iluminar a todos los pueblos, con la luz de Cristo, que brilla en el rostro de la Iglesia, para que todos se reúnan en la única familia humana bajo la paternidad amorosa de Dios”¹⁷.

“Sentir el ansia y la pasión” por llevar la vida plena del Evangelio a la cultura actual demanda la presencia de un presbítero cuyo talante lo muestre amigo de su pueblo y hermano de sus presbíteros; signo de comunión entre sus hermanos y referente ético de la entera sociedad. Además, con sensibilidad misionera y pastoral para caminar preferencialmente con los pobres y los jóvenes; poseedor de una sólida preparación teológica-pastoral, capaz de diseñar e impulsar, con todas las fuerzas vivas de la Iglesia particular, un proyecto pastoral que responda a los retos de hoy; y competente para ejercer un efectivo liderazgo, para relacionarse y establecer puntos de encuentro y diálogo con los constructores de la sociedad.

La persona humana frente a los cambios culturales de hoy se encuentra desorientada y muchos cristianos también experimentan una cierta desorientación existencial. La tarea misionera del presbítero “exige coraje y espíritu profético” (DA 480), pero también la actitud serena y confiada de quien ha vivido una fuerte experiencia de encuentro con Cristo que lo hace portador de una activa esperanza y de la vida nueva para el pueblo cristiano. En ese sentido los obispos

¹⁶ Benedicto XVI, Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2009. Ciudad del Vaticano, 29 de junio del 2009.

¹⁷ Ibid.

latinoamericanos ante el cambio epocal y sus consecuencias afirman que “nos afligen pero no nos desconciertan los grandes cambios que experimentamos; hemos recibido dones inapreciables que nos ayudan a mirar la realidad como discípulos y misioneros de Jesucristo” (DA 20). El anuncio del evangelio, como la tarea primordial de la Iglesia y del presbítero “no puede prescindir de la cultura actual; ésta debe ser conocida, evaluada y en cierto modo asumida por la Iglesia” (DA 480).

La propuesta pastoral que piden los tiempos actuales y que el presbítero impulsa con ardor misionero ha de tener como núcleo inspirador el encuentro con Jesucristo vivo, ha de ser capaz de forjar la identidad del cristiano como discípulo misionero de Cristo al servicio de la vida, debe ser apta para impulsar el proyecto de la nueva evangelización, idónea para que la Iglesia viva en estado permanente de misión e incisiva en la construcción de una sociedad diferente.

La misión del presbítero es la misma de la Iglesia. Benedicto XVI, nos ha recordado que “la misión de la Iglesia es la de llamar a todos los pueblos a la salvación operada por Dios a través de su Hijo encarnado... Deseo, dice el Papa, “confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de toda la Iglesia (EN 14), tarea y misión que los amplios y profundos cambios de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Está en cuestión la salvación eterna de las personas, el fin y la realización misma de la historia humana y del universo”.¹⁸

“El empuje misionero ha sido siempre signo de vitalidad de nuestra Iglesias”, dice Benedicto XVI, inspirándose en la Redemptoris Missio, 2, por eso, el presbítero ha de ser capaz de mirar más allá de las fronteras no sólo geográficas sino culturales, para participar más activamente en los procesos de la misión *ad gentes*, que en el Documento conclusivo de Aparecida, significa “misión universal” de la Iglesia.¹⁹

¹⁸ Benedicto XVI, Mensaje del DOMUND, 2009.

¹⁹ Paulo Suess, “Misión” *En*: Diccionario de Aparecida. 40 palabras clave para una lectura pastoral del Documento de Aparecida. Bogotá: San Pablo, 2008, p.101.

En efecto, los obispos latinoamericanos así describen la misión universal de la Iglesia: “Somos testigos y misioneros: en las grandes ciudades y campos, en las montañas y selvas de nuestra América, en todos los ambientes de la convivencia social, en los más diversos “areópagos” de la vida pública de las naciones, en las situaciones extremas de la existencia, asumiendo *ad gentes* nuestra solicitud por la misión universal de la Iglesia²⁰.”

Aparecida también amplió el campo de la misión *ad gentes*, situándolo más allá de horizontes geográficos o jurídicos, al decir que “los verdaderos destinatarios de la actividad misionera del pueblo de Dios no son sólo los pueblos no cristianos y las tierras lejanas sino también los ámbitos socioculturales y, sobre todo, los corazones”²¹.

La misión *ad gentes* actualmente, además de ser universal y dirigida a los que todavía no conocen a Cristo, también es llamada misión inter gentes, esto quiere decir, que la misión hoy se ha de realizar entre pueblos y continentes.

El “anhelo” de los obispos latinoamericanos es que Aparecida “sea un estímulo para que muchos discípulos de nuestras Iglesias vayan y evangelicen en la “otra orilla”. Ese mismo anhelo debe estar en el corazón de todo presbítero. Recordemos que “la fe se fortifica dándola” y es preciso, según Aparecida, “que entremos en nuestro continente en una nueva primavera de la misión *ad gentes*. Somos Iglesias pobres, pero “debemos dar desde nuestra pobreza y desde la alegría de nuestra fe” y esto sin descargar en unos pocos enviados el compromiso que es de toda la comunidad cristiana. Nuestra capacidad de compartir nuestros dones espirituales, humanos y materiales, con otras Iglesias, confirmará la autenticidad de nuestra nueva apertura misionera” (DA 379).

Un presbítero al servicio de una Iglesia en misión permanente es aquel que se mueve por el Espíritu Santo, es de empuje misionero y vive “con renovado entusiasmo y creatividad el mandato de Jesús: “vayan por todo el mundo proclamando la Buena Noticia a toda la

²⁰ DA. 548.

²¹ Benedicto XVI, Discurso a los miembros del Consejo Superior de las Obras Misionales Pontificias, 5 de mayo de 2007.

humanidad" (Mt 16, 15). Un presbítero que no sólo cumple el mandato, o sea proyecta y realiza el mandato misionero sino que más bien vive del mandato misionero, es decir, se alimenta, se nutre y consolida su identidad en el ejercicio de la misión.

Conclusión

Nuestro presente y futuro de presbíteros se juega en el modo como vivamos nuestro compromiso misionero en la Iglesia y en el mundo para enfrentar esta era de grandes mutaciones históricas. O nos ponemos en estado de misión o corremos el riesgo de desaparecer como la sal que pierde su sabor y la tiran fuera para que la gente la pise o la vela que se coloca debajo de la cama o de un cajón (Cf. Mt 5, 13).

Experimentemos el imperativo de la misión y confiando en la palabra del Señor lancemos las redes (Cf. Lc 5,5), convencidos de la urgencia de "acudir en todas las direcciones para proclamar que el mal y la muerte no tienen la última palabra, que el amor es más fuerte, que hemos sido liberados y salvados por la victoria pascual del Señor de la historia, que Él nos convoca en Iglesia, y que quiere multiplicar el número de sus discípulos y misioneros en la construcción de su Reino en nuestro Continente" (DA 548).

Hagamos realidad la "salida misionera". Vayamos como "testigos y misioneros: en las grandes ciudades y campos, en las montañas y selvas de nuestra América, en todos los ambientes de la convivencia social, en los más diversos "areópagos" de la vida pública de las naciones, en las situaciones extremas de la existencia, asumiendo ad gentes nuestra solicitud por la misión universal de la Iglesia" (DA 548). Que nuestro compromiso misionero de presbíteros abrace "con el amor de Dios a todos y especialmente a los pobres y a los que sufren" (DA 550). "Llevemos nuestras naves mar adentro, con el sopro potente del Espíritu Santo, seguros de que la Providencia de Dios nos deparará grandes sorpresas" (DA 552).

"Recobremos el valor y la audacia apostólicos" y salgamos no como "evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos" sino como verdaderos discípulos y misioneros "del Evangelio"

irradiando “la alegría de Cristo” y aceptando la hermosa “tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia” en América Latina y en la humanidad de hoy y del mañana (DA 552).

El compromiso misionero del presbítero encontrará siempre su paradigma en el estilo de Jesús, su fuente inspiradora en el acontecimiento de Aparecida, su eje transversal en la naturaleza misionera de la Iglesia; el núcleo fundante de su vida y ministerio estará siempre en el encuentro con Jesucristo vivo, su tarea será forjar al discípulo misionero en cada cristiano y su gran desafío comunicar la vida nueva de Cristo a nuestros pueblos.